

comunidades del siglo I y adoptó, bajo la forma de un rigorismo moral exacerbado —lo que Dassmann llama con acierto «fundamentalismo»—, una oposición de tipo espiritual-carismático contra la labor de la jerarquía eclesiástica, vista por los montanistas como una mundanización de la Iglesia. Los gnósticos, por el contrario, asumieron ciertos presupuestos procedentes de la religión pagana, en concreto, el sentimiento de redención por medio de un conocimiento —*gnosis*— salvífico, que reconducía al iluminado a la unión con Dios. Las distintas corrientes gnósticas ofrecían, por tanto, una interpretación ahistórica del Nuevo Testamento, al afirmar una encarnación sólo aparente del Salvador, lo que implicaba lógicamente un negarse a la acción evangelizadora de la Iglesia, que quería encarnarse (o inculcurarse) en el mundo. La reacción y defensa de la Iglesia ante estos dos peligros internos aceleró una serie de desarrollos que podrían considerarse como la respuesta eclesiástica ante el retraso de la *parusia*: a) el fortalecimiento de la jerarquía eclesiástica; b) la formulación del principio de tradición en el marco de la sucesión apostólica; c) la colección de los escritos neotestamentarios y la fijación del canon; d) la precisión del contenido de la fe en forma de confesiones o *symbola fidei*; e) la delimitación de normas éticas y, en unión con ello, el establecimiento de las posibilidades de penitencia y perdón de los pecados. En este proceso de reacción eclesiástica frente a estos peligros internos sobresalieron el obispo Ireneo de Lyon, en el ámbito pastoral, y Orígenes, en el ámbito teológico.

Bien se aprecia, pues, que el presente libro no es un mero manual convencional, que se limita a recopilar datos sucinta y cronológicamente. Aquí se encuentran reflexiones que puedan arrojar luces a las causas que han provocado y relacionado los sucesos históricos entre sí. Dassmann también consi-

dera que los acontecimientos sucedidos en la Iglesia a lo largo del tiempo sólo son comprensibles a la luz de la fe, pues «si la muerte y resurrección de Jesús han producido redención y perdón de los pecados, entonces sus consecuencias tendrían que dejarse probar también en la historia» (pág. 5). Y esta es precisamente la tarea de la disciplina «Historia de la Iglesia», que con este volumen, tan sugerente, cuenta con una importante y valiosa aportación.

A. Viciano

Enrique DE LA LAMA, J. A. Llorente, un ideal de burguesía. Su vida y su obra hasta el exilio en Francia (1756-1813), EUNSA («Colección Historia de la Iglesia», 19), Pamplona 1991, 334 pp.

El alumbramiento de lo que se ha dado en llamar la «modernidad» cuenta en el siglo XVIII con una serie de personajes a cuya acción se deben no pocas de las formas y características que configuran el nuevo espíritu y la nueva sensibilidad. Diversos valores, y entre ellos especialmente el de la libertad, encuentran en este tiempo sus teorizadores, sus poetas y narradores. Uno de estos hombres singulares fue Juan Antonio de Llorente.

Juan Antonio de Llorente —sacerdote de la diócesis de Calahorra de cuya catedral fue canónigo como más tarde lo sería de la Primada de Toledo— es una de las personalidades que para bien o para mal contribuyen al alumbramiento de la modernidad, encarnan el último proceso de surgimiento del liberalismo, y asimilan el criticismo dieciochesco para hacer saltar definitivamente viejas instituciones seculares. El eclesiástico riojano —que a pesar de su vida turbulenta y de su ruptura con Roma no dejó nunca de considerarse a sí mismo sacerdote— escribió

en 1818 la *Histoire critique de l'Inquisition d'Espagne*. Dos años más tarde, en marzo de 1820 —*post hoc o propter hoc* quién lo sabe; en todo caso la secuencia es significativa— el pueblo madrileño estaba asaltando la cárcel de la Inquisición de Corte en una algarada casi orgiástica que expresaba la alegre ferocidad de un viejo deseo siempre contenido.

Por aquella época —que coincide con el sexenio de la primera restauración de Fernando VII— los exiliados españoles que vivían en la Ciudad del Sena se notaban dolorosamente escindidos no sólo *de la Patria* sino también *ante la Patria*: dos sensibilidades y dos diligencias diversas que daban origen al antagonismo llamado de «las dos Españas». Llorente estaba allí en el epicentro de la disputa. También Francia palpitaba doblemente en sus dos mitades: «labor inútil hubiera sido querer encontrar —para situarse bajo él— el meridiano que en el espacio de Francia esperaba dos opciones antagónicas: reacción o revolución; derecha o izquierda; *libertad-igualdad-fraternidad* como ideal ya prestigiado por sus conquistas sociales o preocupación por el orden, el legitimismo y la continuidad histórica; restauración o liberalismo. Entre las dos mitades de Francia, Llorente eligió la izquierda, optó por el liberalismo» (p. 314).

Llorente desterrado en París confiencaba sus páginas a H. Grégoire, el obispo constitucional de Blois, que miraba la Inquisición como una realidad incalificable. Se comprende cuál podía ser el influjo recíproco. Y así, la *Histoire critique* obtuvo gran resonancia en los ambientes centroeuropeos: los escuadrones del «*gauchisme bourgeois*» y de la internacional liberal levantaron oleadas de hurras y dieron resonancia a la crítica de Llorente, que, si bien no era un modelo de elegante finura, al menos estaba dotado de inteligente agresividad, como para quitar la paz a los «bienpensantes».

La personalidad de Llorente estaba esperando un estudio sereno. Lo hizo recientemente en Francia —con el «*savoir faire*» y la brillantez que caracteriza a nuestros colegas de la Nación vecina— Georges Dufour que se limitó, sin embargo, a los diez años de exilio. Enrique de la Lama, profesor de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra y sacerdote de la diócesis riojana, ha realizado el trabajo que faltaba, el estudio de la época anterior, desde su nacimiento hasta el exilio a Francia. Lo que le ha interesado, en consecuencia, es la raigambre ilustrada del eclesiástico desarrollada en aquella España dieciochesca «plena de fermentos». El interés por las raíces dieciochescas me parece un acierto. «La experiencia del sacerdote español en Francia —escribe el autor— no fue en modo alguno un proceso «*ex novo*», brillantez exhuberante que creció sobre las ruinas de 57 años entregados al olvido. Interpretarlo así sería como atribuir a lo extrínseco de la circunstancia —con toda la riqueza con que se la desee imaginar— una fertilidad que sólo puede partir del núcleo de la vida misma. Cabe decir que Llorente se logró con plenitud en Francia. No puede decirse que Francia hizo a Llorente. El eclesiástico desterrado se definió a sí mismo hasta el fin como hijo legítimo del ambiente cultural hispánico y lo afirmó con orgullo incluso después de que Francia le hubiera premiado con el éxito» (p. 315).

El trabajo se estructura en siete capítulos dedicados a los momentos y circunstancias claves en la vida de Llorente: su origen familiar y estudios; el giro hacia el racionalismo; su primera estancia en la Corte; su nombramiento como canónigo de Calahorra; su caída en desgracia con el mismo Urquijo y su posterior recuperación; la colaboración con Bonaparte; finalmente, los proyectos que no pudo llevar a término.

El género biográfico es especie de gran envergadura en el espacio del gran género



histórico. Tomar la pluma para adentrarse en él exige finura para penetrar en el interior de las personas y sentido de la justicia para no suplantarlo en ningún caso al biografiado: dejarle hablar y presentarlo a la contemplación del lector en su nuda objetividad es el camino a seguir. Esto es lo que ha logrado de una manera brillante plasmar Enrique de la Lama en las páginas que ha escrito. El libro abunda en notas eruditas y en referencias de archivo siempre cuidadas y novedosas que denotan una preocupación por la objetividad genuina y suponen una aportación de gran valor. Si a esto se añade el arte del buen narrar, la biografía es género bello y atractivo con la suavidad propia del quehacer literario.

La historia se estropearía añadiéndole moralejas o insuflándole al relato almas prefabricadas que la convertirían en un escrito apologético. El maniqueísmo de las historias de buenos y malos ha estado presente con frecuencia en temas de Inquisición o que rozaban con ella. Recientemente historiadores como Joaquín Pérez Villanueva, Bartolomé Escandell y otros de los que podrían ser llamados como el «grupo de Cuenca» por los simposios allí organizados y por trabajar en el marco del Instituto de Estudios Inquisitoriales vinculados con aquella ciudad, han abierto un camino de conocimiento del Santo Tribunal mucho más objetivo y exento de enojos históricos. Han advertido que la mejor apología en esto como en todo es la realidad misma en su entera claridad. En esta línea se sitúa el libro que ahora se reseña. Dice su autor: «Intenta ser una contribución al esclarecimiento de la personalidad de Juan Antonio Llorente, de su evolución ideológica y biográfica. No pretende la exaltación de su figura; y menos aún aventurar temerariamente juicios sobre su conducta moral o sobre un hipotético balance —glorioso o nefasto— de su existencia. Después de más de 160 años desde su fallecimiento

se puede comprobar cómo la historia ha dado la razón a algunas de sus objeciones y continúa albergando muchas de sus inquietudes. En todo caso, la perspectiva que facilita el tiempo permite ya valorar el significado de su combate, la aportación de su crítica, la debilidad de su testimonio y explicar cuanto de profundamente humano se descubre en sus mismas desviaciones y rencores» (pp. 23-24).

Toda descripción de personalidades se compone de luces y sombras. Pero yo diría que en las páginas de este libro, Llorente es contemplado sin enojo, verazmente, con justa y serena objetividad. Sin ocultar cuanto tiene de desconcertante. Porque desconcertante fue el drama interior de Llorente. Inaceptables algunos de sus rencores.

Tal vez Goya lo contempla así también cuando inmortalizó su rostro con esa sonrisa tan indescifrable como aquella otra sonrisa de la Gioconda de Leonardo. En todo caso el rostro que Goya pintó se había desvanecido del recuerdo y eran muchos los que hablaban de oídas acerca de un eclesiástico cuya faz y cuya psicología merecen el respeto de cuanto es humano; tanto más cuando muchas de sus inquietudes e ideales —progreso, libertad, reconocimiento del prestigio de la razón, valoración crítica de los contenidos tradicionales, conciencia de la dignidad humana— perviven legítimamente en el final de nuestro siglo y pertenecen ya al núcleo de las convicciones logradas de nuestro tiempo.

El retrato de Llorente pintado por Goya aparece en la cubierta del libro. En su estudio, E. de la Lama ofrece no sólo un retrato de época sino un fresco en el que aparecen reflejados bastantes aspectos significativos de nuestro tiempo.

C. Izquierdo